

“Imprimir el infinito en nuestra vida”

.....
José Luis Loriente Pardillo

Estudiante de filosofía.

Hace poco la grave enfermedad de un amigo me llevó a la lectura de esa selección de fragmentos de cartas de Mounier que publicó en 1995 Ediciones Encuentro bajo el título de *Cartas desde el dolor*. Entre esos párrafos, leídos por mí como si en ellos fuera a encontrar un manual de respuestas —cosa imposible—, hay uno que resume toda la vida del hombre que quiere caminar con los ojos puestos más allá del estrecho horizonte de su propio yo: «*Ya ves, es necesario a cualquier precio que hagamos algo por nuestra vida. No lo que los demás ven y admiran, sino la proeza que consiste en imprimir el infinito en ella.*»

1. Hacer algo por nuestra vida

Todos captamos lo sugerente de este pensamiento, pero fuera de nuestro ámbito, del Instituto, de los hombres y mujeres que profesan una verdadera fe —sea cual sea—, de esos pocos militantes que quedan... de esos que han descubierto la altura y la profundidad del misterio del hombre y que aún no conocemos, además de todos estos me pregunto: ¿sienten el resto de los hombres con tanta urgencia la «necesidad de hacer algo por su vida»? Esta pregunta me trae de cabeza desde hace más o menos el mismo tiempo desde el que leí ese texto de Mounier.

El caso es que por aquellas semanas estuve en una macrodiscoteca de Madrid con mis primos. Yo nunca había estado en un sitio de esos, y a buen seguro que no volveré. ¿Qué le tiene que ocurrir a una persona para que se pase seis, ocho o diez horas continuas bailando bacalao sin apenas moverse del sitio dos noches a la semana durante todo el año? Mejor dicho: ¿qué no le ocurre a esa persona que es capaz de aguantar una noche tan estúpi-

da semana tras semana? No entraré aquí en la triste cuestión de las drogas que se ingieren para aguantar físicamente. La cosa va a más allá. Parece que esas personas no han encontrado algo mejor que hacer por su vida, no han encontrado nada, no les ha ocurrido nada que les haya hecho pensar alguna vez en la necesidad de hacer algo por su vida. Esto que tanto nos preocupa a nosotros (¿para qué vivo? ¿qué sentido tiene mi vida?...) ¿se lo han preguntado alguna vez? Dudo que alguna vez se hayan planteado una propuesta como la que Mounier nos hace en este texto que he traído hoy a colación.

Esa necesidad que sentimos nosotros de hacer algo por nuestra vida, que no es otra cosa que responder a nuestra vida como tarea, donde el «por nuestra vida» se convierte en «con nuestra vida», no puede ser respondida por un segundo yo, es decir, no puede ser respondida por los demás, por la moda, por los medios, por el ambiente. La solución no es lo que «los demás ven y admiran» como nos dice Mounier. Esa necesidad que sentimos tan apremiante ha de ser respondida por la persona, por su yo que en libertad ha de asumir el reto de vivir su vida transformando sus impulsos creativos en una sólida vocación.

2. Suscitar el interés por la vida en el otro

La pregunta es: ¿cómo a esos que no sienten la necesidad de hacer algo por su vida podemos nosotros despertarles el interés por su propia existencia? ¿Cómo suscitar el interés, ya no por los demás —de principio no pido tanto—, sino por ellos mismos? Esto es un reto y como en el caso de mi amigo enfermo no creo que haya «manuales» que respondan. Un sacerdote me pedía, también hace poco, que reflexionara sobre esto, me decía: «¿Cómo puedo yo vencer esa barrera del desin-

terés? Porque si no la venzo no puedo entrar en mis fieles». Me pedía que como filósofo le respondiera. No hay respuesta teórica posible. En mi cortísima vida no he visto a nadie que tenga la receta mágica. Ese interés por la vida, esa necesidad de hacer algo por/con ella puede ser regado y abonado, preparado por el educador, ayudado a ver la luz, pero nunca inducido. Quizá suscitado, pero nunca creado. No podemos franquear la barrera de la suscitación de la sensibilidad espiritual. Y es que incluso si no fuera así, si nosotros fuéramos los artífices de esa preocupación en los demás, sería despreciable. Habríamos violentado a la persona, aunque algunas veces, en momentos de desánimo y falta de esperanza, así lo quisiéramos.

3. Dificultad de nuestra propuesta

Pero imaginemos que aquellos que están en la situación al menos de aparentar que no comprenden que tienen que hacer algo por su vida, lo descubrirían. Ahora entra en juego la segunda parte, nada más y nada menos que eso que se nos propone hacer por nuestra vida es «imprimir el infinito en ella». Con esta dificultad nos topamos continuamente. La obra que se nos propone a todos como personas es grande, muy grande, por eso es «proeza». Y las cosas grandes, como nos recuerda Mounier que decía Peguy, no crecen como las patatas. Ese reto de imprimir el infinito en nuestra vida, que parece que se nos exige desde nuestro más íntimo ser, es una tarea ardua. Eso es la forja del carácter, el esculpirse uno su propia imagen, elegirse a sí mismo... y a través de eso que se forja o se esculpe o se elige se imprime el infinito en nuestra vida. Es decir, mediante la opción de vida concreta, mediante la realización de una vocación personal se accede a lo infinito, a la plenitud de la persona —al menos se empieza a acceder—.

Pero he aquí la gran paradoja del ser humano: entendemos al hombre con una necesidad de hacer algo por su vida y ese algo es para nosotros imprimir el infinito en ella, pero, sin embargo, el hombre se nos presenta a todas luces como un ser finito y, además, con algunas deficiencias —no digo muchas, digo sólo algunas—. Decimos que la persona está llamada a la plenitud y, sin embargo, vive en un mundo que no se la puede dar.¹

4. Y Dios apareció en escena.

Cuando en una conversación llegas a este punto, todo lo que habías dicho antes sobre el personalismo te viene de vuelta. Explicaré esto mejor. Si por ejemplo has estado hablando con algún compañero sobre estos temas puede incluso que todo le parezca muy bien y puede que te acepte muchas cosas del personalismo comunitario, pero llegados a este punto te las devolverá, porque aquí se huele ya la cuestión más disputada de todas: el problema de Dios está en el fondo de todos nuestros planteamientos. El que tengamos que hacer algo por nuestra vida y que ello sea imprimir el infinito en ella no nos lleva a otra cosa diferente que la pregunta por la fundamentación última de la dignidad personal, por ejemplo.

1. En el fondo de este planteamiento que hago aquí, y aunque no haya sido del mismo modo estructurado, está el libro del jesuita Manuel Cabada *El Dios que da que pensar* (BAC, Madrid, 1999). Precisamente el año pasado tuve la suerte de poder disfrutar de una asignatura de libre configuración que el profesor Cabada imparte en la UCM titulada «El problema filosófico de Dios». En ella y en el libro antedicho se plantea un acceso filosófico-antropológico a la divinidad. Partiendo de estructuras básicas humanas (amor, responsabilidad, necesidad de sentido, felicidad...) se plantea el problema de Dios, del Infinito, de lo Absoluto como algo posibilitador de tales estructuras y a la vez «satisfactor» último de las mismas.

Todo esto me lleva a pensar que en definitiva el poco éxito que tenemos, el poco interés que suscitan nuestras preguntas y nuestras respuestas está derivado por el desinterés, la repulsa o el olvido del lugar que ocupa Dios en el universo personal. Por eso, la falta de orientación en la vida de la gente, la falta de un hacer algo por/con la vida se revela como consecuencia última de la falta del referente divino en la vida. Y esto repercute en la falta de compromiso, falta de solidaridad, falta de crítica y constructiva social... en definitiva en nuestro «fracaso». Fracaso que no es nuestro, ni en el caso de las religiones suyo —al menos completamente—. Es fracaso del que no quiere abrirse, no escuchar su corazón que le invita a hacer algo por/con su vida, lo que le pone en definitiva en conexión con el infinito, con Dios.

Y después de todo esto, si me lo permitís voy a volver al principio. Hablaba allí de este amigo gravemente enfermo. Yo me pregunto: ¿cuándo una de esas personas que no sienten esa necesidad de hacer algo por su vida y de que este hacer algo sea imprimir el infinito en ella —caso que no es, gracias a Dios, el de mi buen amigo— responden ante lo duro de la vida? Éste es hoy el gran problema de los hombres y mujeres que están a nuestro alrededor. De aquellas respuestas que yo intentaba encontrar en las *Cartas desde el dolor* de Mounier, después de este recorrido, veo un poco de luz.



Emmanuel Mounier